

LA LIEBRE NEGRA

(DE UNA ANTIGUA LEYENDA CATALANA)

(CUENTO DE NAVIDAD)

Por SUSANA CALANDRELLI

JORDI, el cazador, estaba de mal talante aquella noche. En vano se había pasado la tarde persiguiendo a la liebre negra por los bosques de Pedralbes. Era la primera vez que veía una liebre negra y la había dejado escapar tontamente... ¿Qué pensaría su mujer Tuyetas, qué dirían sus amigos? Todos se reirían de él al verlo llegar sudoroso y cansado y con el morral vacío...

Jordi veía anticipadamente los rostros curiosos, las miradas burlonas, las sonrisas disimuladas. Tuyetas estaría seguramente preparando la cena que, por ser esa noche víspera de Navidad, debía convertirse en algo muy especial, y él no le llevaba la liebre prometida. Sus dos compañeros, los "payeses" Feliú y Antunet, ya habrían cortado seguramente los grandes troncos huecos que él, Jordi, y su mujer llenarían de dulces y juguetes para los chicos... Y todos lo esperaban con la perspectiva de la presa que él no podía dejar de llevarles. Tendría que decirles que la maldita liebre negra, que parecía hechura del demonio, se había burlado miserablemente de él, y que después de haberlo hecho correr horas y horas, había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. ¡Tener que contar "eso"! El desdichado cazador se mordía los puños de ira.

Era oscuro ya cuando Jordi llegó a su casa. Frunció el ceño como previniendo cualquier pregunta, y como si fuera a arrojarse a un abismo, se decidió y entró por la puerta principal!

II

Las cosas no pasaron tal como él lo esperaba. Tuyetas estaba preparando la ce-

na, eso sí, ayudada por María, la hija mayor. Ciscu, el varón, se había acostado en el suelo junto al fuego, con las piernas en alto, su postura favorita, pero no estaban allí ni Antunet, ni Feliú. Menos mal Jordi suspiró de alivio y fué a sentarse junto al hogar, siempre ceñudo. Al verlo así, nadie se atrevió a preguntarle nada.

La madre y los hijos se miraron en silencio. Poco después Tuyetas empezó a servir aquella cena de Nochebuena en la que nadie osaba mostrarse alegre, por no desagradar al jefe de la familia. Dos o tres veces los niños ahogaron una carcajada que la madre suspendió en seco con un breve gesto. Jordi parecía no oírlos.

—Esta noche iremos todos a la misa de medianoche — dijo dulcemente Tuyetas a su marido — Esperamos que vengas tú también.

El contestó con un gruñido que hizo estremecer a los niños.

—Feliú y Antunet vendrán luego trayendo los "tíos" — añadió la mujer.

Los tales "tíos" eran los troncos cuyos huecos, según la tradicional costumbre, debían llenarse de juguetes y dulces. Otro gruñido respondió a estas palabras. Esta vez fué Tuyetas quien tembló. Nunca había visto de ese modo a su marido. ¿Qué le habría pasado?

La cena tocaba ya a su fin. La puerta que daba al bosque estaba abierta de par en par. Jordi, siempre taciturno, levantó la mirada y la clavó en la noche, como si quisiera perforar la oscuridad exterior. En ese momento... ¿sería cierto? vió cruzar ante sus ojos la liebre negra con la rapidez de un relámpago. La maldita se escondió entre unos matorrales y desde

allí lo espío. Luego escapó en dirección a la llanura.

Lanzando una interjección, el cazador se levantó y corrió hacia afuera, dejando caer pesadamente su banco detrás de sí. Se lanzó hacia el campo y a los pocos minutos volvió con la mirada extraviada y el cabello en desorden, como un hombre ebrio. Pero ¿no lo dejaría en paz aquel engendro demoníaco?

Pesado, sudoroso, el cazador se dejó caer otra vez al fuego. Ciscu y su hermana se retiraron con prudencia. La mujer sacó los platos de la mesa.

—Padre, ¿vendrá con nosotros a la misa de medianoche? — interrogó tímidamente María minutos después. Su padre la miró como si quisiera tragársela, y escupió una blasfemia.

—¡Ay, papá! — gritó la niña horrorizada, cubriéndose la cara con las manos y echando a correr. Su padre se levantó, arrojó a su alrededor una furibunda mirada, se apoderó de sus armas que yacían en un rincón, y echó a andar, otra vez en dirección al bosque.

—¿Has visto? — le preguntó Ciscu a su madre después de una pausa. Y ambos hicieron silenciosamente la señal de la cruz.

III

—¡Ding dong!

Las campanas de Nochebuena repicaban alegremente, inundando el aire y el bosque de tañidos luminosos.

Por los tres senderos que subían hasta la capilla del pueblo, los "payeses" escalaban la distancia, todos vestidos con sus trajes de fiesta. También subían Tuvetas y los niños.

—¡Ding, dong!

—¿Dónde estará tu padre, María? — preguntó la mujer a la hija mayor — Desde que se fué, no ha vuelto. El que nunca ha faltado a la misa de Nochebue-

na... ¿Qué dirán el señor cura y los vecinos?

—Dirán que está enfermo — arguyó Ciscu.

—Y después verán que no está... ¡Ay, Ciscu, Ciscu, nunca ha estado tu padre como esta noche! Esa liebre negra le ha trastornado el juicio...

—Ya volverá, madre — repuso María.

—¡Ding dong! — seguían repicando las campanas de Nochebuena.

Entretanto Jordi, entre los bosques de Pedralbes, continuaba acechando la liebre. Dos veces había vuelto a verla, y las dos veces le había perdido la pista de nuevo. La noche se había aclarado mucho, porque la luna había salido y lucía dulcemente en el cielo. Se diría que acababan de hacerla, tan nuevecita y reluciente parecía. Pero Jordi no la veía. Jordi no veía nada aquella noche: nada más que la liebre negra.

En vano se escuchaban a lo lejos las campanas de Navidad. En vano resonaban de vez en cuando en sus oídos las palabras tímidas que le había dirigido su hija: —Padre ¿no vienen con nosotros? — Jordi no veía ni oía nada de eso. Para él no existía en el mundo nada más que la liebre negra.

—¡Allí estás! — gritó de pronto dando un salto. Hubiera jurado que acababa de verla otra vez, agazapada entre dos árboles. Pero no, no era ella.

—¡Ding, dong!

—¡Ya voy! — gritó el cazador de mal talante, como si las campanas fueran seres vivos. Pero ellas no callaron por eso.

¡Ding dong! — seguían cantando en la noche clara y perfumada por todos los aromas del bosque.

IV

La misa había comenzado. El altar mayor relucía de flores y de cirios. A la derecha, cerca del pesebre, estaban María y

Ciscu con su madre. Todos los vecinos se habían reunido en la capilla aquella noche. No faltaba ninguno. Jordi vió un poco más lejos a Feliú y Antunet, ambos muy guapotes y fanfarrones, con sus trajes más nuevos.

Jordi se quedó junto a la puerta. Nada de aquello que veía existía para él; ni el altar, ni la misa, ni el pesebre, ni su misma mujer, ni sus hijos; nada más que la liebre negra, Jordi se quedó junto a la puerta... por si acaso la liebre volvía.

Y sucedió que hacia la mitad de la primera misa, en el preciso momento en que el sacerdote iba a levantar la hostia... algo negro se enredó entre los pies de Jordi: algo negro que de un salto se escapó de la capilla y corrió hacia la noche. Era la liebre negra...

—¡Ah, maldita! — aulló Jordi corriendo tras ella, con gran escándalo de los feligreses, y allí se fueron colina abajo cazador y presa, y luego ambos se perdieron en el bosque. Y la liebre corría, cada vez más rápidamente, volviéndose de vez en cuando para mirar a Jordi con sus diabólicos ojillos rojizos y relucientes, llenos de ironía, como si supiera muy bien lo

que estaba haciendo, y supiera también perfectamente que era lo que iba a suceder después...

V

Cuenta la leyenda que, al día siguiente, los "payeses" Feliú y Antunet, que andaban buscando a su compadre, encontraron entre las montañas el cadáver de Jordi; se había despeñado en su vertiginosa carrera detrás de la inalcanzable liebre negra, que no debía haber sido un "ser natural", como se dijo muy en breve.

Y cuentan también que desde aquel día, cuando las campanas de Nochebuena alegran los bosques con sus tañidos, suelen oírse en los alrededores los pasos obstinados del iracundo cazador, y sus palabras salpicadas de denuestos contra la odiosa bestezuela cuya sombra, "solo la sombra", se escurre locamente por entre piedras y matorrales

—¡Ah! maldita!

Pero las campanas continúan tocando, luminosas e impertérritas. Y esto sucede hasta que terminan las tres misas de Navidad.

“Los orígenes de una gran obra social”

7 de Abril de 1872, barrio de Belleville, en París, una pequeña casa de la calle Levert, a la que pretendía dar amplitud su estrecho jardín, acogía aquella tarde de sonriente primavera, un conjunto inusitado: un puñado de obreros del barrio, otro de Mont Parnasse, el clero de la parroquia, algunos sacerdotes extranjeros, una concurrencia de no más de doscientas personas.

El atardecer, desprovisto de bullicio, dejaba oír las palabras que un joven militar, Alberto de Mun, volcaba con el fervor de una plegaria y el entusiasmo de

una pasión sentida y servida con ardor: “Nuestra obra pretende, sin olvidar la tradición y sin desconocer las necesidades modernas, reconstituir en el mundo del trabajo, asociaciones cristianas, es decir asociaciones fundadas sobre las virtudes y sobre los deberes que enseña el Evangelio, los únicos que pueden restablecer entre las clases la concordia en lugar del odio”.

No parecían estas palabras conmover al auditorio, quimeras resultaban proyectadas sobre el recuerdo sangriento y todavía demasiado reciente de la guerra y